

***Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazábal, una crítica especular**

Por: Maritza Montaña González

La novelística de la violencia en Colombia es un estudio crítico de la narrativa colombiana cuya temática es la Violencia, fundamentado en la valoración y en alguna medida en la clasificación de treinta obras publicadas entre 1951 y 1970. Es la monografía de grado que le dio el título de licenciado en letras al escritor vallecaucano Gustavo Álvarez Gardeazábal y es además el derrotero que hizo posible su novela *Cóndores no entierran todos los días*.

El texto propone que la Violencia como fuente de creación literaria hace parte (necesitada de reconocimiento y de estudio) de la evolución de la literatura colombiana. Tres tendencias, que Álvarez Gardeazábal llama grupos, dan cuenta de esta evolución. Las variables que cruza en la siguiente tipología son la Violencia como tema principal de la novela y la realización estética de la producción literaria. Desde luego, también puede ser vista como una clasificación de los acercamientos al tema de la Violencia y de sus autores.

Las obras cuya principal característica es el testimonio de los hechos de la Violencia se concentran en la categoría de RECUENTO, son aquellas que menor alcance estético demuestran, porque de novelas sólo tienen la apariencia y son en su mayoría otra cosa, dado que por lo general sus autores no son hombres de letras. Las obras de escritores de profesión, aquellos que han escrito más de una novela, intentando asimilar e interpretar de diversas formas los distintos aspectos de la Violencia como base para una producción estética, aunque sin mucho éxito precisamente en lo estético, conforman una categoría menos nutrida, denominada de BÚSQUEDA. Finalmente tres autores se reúnen para constituir el grupo de los CONSAGRADOS, escritores cuya obra ha sido reconocida, pero en la que el tema de la Violencia no ocupa un lugar preponderante, sino que permanece en el trasfondo.

La conclusión de *La novelística de la violencia en Colombia* es que ninguno de estos grupos ha aportado una novela cumbre, representativa del periodo de la Violencia, una novela que se encuentre en el justo medio entre la representación del hecho histórico de la Violencia y una elaboración estética digna de reconocimiento. Sin embargo el trabajo arroja luz sobre las características que la producción de la verdadera novela de la Violencia debería mostrar:

“No habrá una novela de la violencia que recoja todo el periodo y lo vuelva trascendente, y en este caso sería el final del periodo evolutivo que mencionábamos, hasta que no se rescaten esos valores mínimos de apreciación estética en medio de los [sic] que todos consideran una vergüenza

nacional. Hasta que no se tome una conciencia exacta para que el fenómeno ni apasione ni aleje. Para ello el autor debe haber SENTIDO la violencia, estudiado detalladamente sus frutos y consecuencias y logrado de todo ello una visión objetiva capaz de ser fabulada. Antes de llenar estos requisitos no se producirán sino obras iguales o peores que las aquí analizadas" (Álvarez Gardeazábal *Novelística* 101).

En 1971, un año después de la monografía, Álvarez Gardeazábal termina de escribir *Cóndores no entierran todos los días* y no es de extrañar que su novela responda a estas consideraciones y que resuelva además una larga serie de problemas y cuestiones que había planteado como propios de la novela de la Violencia.

Es el propósito de este ensayo enfrentar la novela con el instrumento de valoración de la novelística de la Violencia, del cual se desprende un conjunto de ideas sobre lo que debería ser esta novela, una suerte de poética de esta novelística.

Será necesario entonces recoger tanto los problemas presentados por las novelas estudiadas en la monografía, como las cuestiones que se formulan para cada uno de los ejes que componen la crítica: el tema de la Violencia y la realización estética.

La Violencia como tema de novela

Los problemas que enfrenta este tema como material novelable se pueden agrupar en uno llamado *parcialización de la Violencia*, el cual aparece cuando las novelas reflejan parcialidad política; cuando se muestra un fenómeno de violencia exageradamente sencillo y alejado del verdadero fenómeno vivido en la época; cuando la Violencia como tópico es opacada al considerarla una mera referencia, una circunstancia necesaria que no se afronta verdaderamente, dejándola en el trasfondo y apreciando únicamente consecuencias no inmediatas; o cuando sólo se considera un producto de la Violencia, por ejemplo: el huérfano; y cuando se pierde la noción de la Violencia colombiana, su particularidad. Estos problemas aparecen expresados en la crítica de las distintas novelas a lo largo de la monografía (24, 60, 65, 71, 72, 79, 81).

Ante esto no queda más que forjar el principio rector de la intención de novelar el tema: *justipreciar la complejidad de la Violencia*.

La siguiente lista de preguntas puede plantearse para examinar la nitidez del enfoque sobre la Violencia:

- ¿Cuál es el conocimiento que sobre el fenómeno de la Violencia aporta la obra?
- ¿Plantea la novela claramente la razón del enfrentamiento político?
- ¿Se describen los fundamentos de la diferenciación política y de los enfrentamientos que causó?
- ¿Cómo se relacionan los hechos referidos en la novela con el evento generador

de la Violencia y de su novelística: el 9 de abril de 1948?
¿Resalta la novela un hecho realmente típico de la Violencia?
¿Hay algún caso de exaltación de una vida legendaria?
¿Se muestra la Violencia como parte de la historia política del pueblo?
¿Se muestra cómo la gente enfrenta la Violencia?
¿Es clara la filiación de los personajes a los partidos?
¿Cómo se presentan los niveles de participación en la Violencia?
¿Cómo se recogen las visiones colectivas del fenómeno dentro de la novela?

Se verá más adelante si *Cóndores no entierran todos los días* resiste el embate de este caudal de consideraciones sobre la Violencia.

La valoración estética de la novelística de la Violencia

Influencias y modelos literarios, sumados a elementos y recursos de la narración como la configuración del argumento, la secuencia narrativa, el ritmo, la construcción de los personajes, el uso de diálogos y monólogos como formas discursivas y narrativas y el lenguaje mismo, son los aspectos que problematiza Álvarez Gardeazábal en su estudio sobre la novelística de la Violencia colombiana.

Una de sus más recurrentes críticas señala la influencia que sobre esta particular literatura de mitad del siglo XX ha tenido la literatura colombiana del siglo XIX y principios del siglo XX, representada por el costumbrismo y por la novela romántica de Jorge Isaacs, *María*, y la obra telúrica de José Eustasio Rivera, *La Vorágine*. A esta queja errante, que vaga por la crítica de la abrumadora mayoría de las obras estudiadas, le da el nombre de *complejo María-Vorágine*, caracterizado básicamente por el exceso de detalle en la descripción de los espacios naturales y por la creencia en que "sin amor [fallido] no hay novela" (92).

Por otra parte se lamenta de la pobre o nula asimilación que de los novelistas europeos muestra un significativo número de los autores considerados en el estudio. Y sobre todo rechaza el hecho de que muchos panfletos acusativos hayan pasado por novelas.

De las numerosas críticas a las obras sobre la Violencia, resulta conveniente sólo tener en cuenta los valores que el vertimiento estético de este tema debería exhibir. En oposición al tratamiento que el tema ha tenido en la mayor parte de las novelas estudiadas, según se puede abstraer de la monografía de Álvarez Gardeazábal, la novela debería:

- Superar el *complejo María-Vorágine*: abandonar el lastre de la literatura nacional decimonónica.
- Deshacerse de la tendencia al panfleto acusador.
- Seguir el modelo de la *Nueva novela* (novela contemporánea): contar algo por partes no definidas.

- Estar sostenida sobre un argumento bien configurado, en el que haya un conflicto definido y en el que los hechos sean trascendentes, tengan una razón de ser, es decir, que no contenga hechos gratuitos y superficiales.
- Dosificar la información, decir lo estrictamente necesario, a fin de que el texto resulte sugerente y no una explicación de lo obvio.
- Desplegar tensión e intensidad novelística.
- Ostentar una prosa fluida, libre del lenguaje académico que resta verosimilitud al relato, en la que se trabaje con cuidado la adjetivación, el uso de símbolos, metáforas y retruécanos.
- Incorporar personajes homogéneos, consistentes con la temática, que perduren en la novela, que sean significativos para la historia, verosímiles como personajes y en las situaciones en las que actúan; que no estén retratados con excesivo detalle y cuya actuación permita al lector desprender conceptos, sin que el autor dé conceptos propios.
- Mostrar una estructuración homogénea de los diálogos o monólogos (si los tiene), un balance con la narración en el cual ésta no sea un relleno entre ellos. Estos recursos discursivos deben manifestar naturalidad.

En la siguiente caracterización de la obra se mezclan los aspectos formales que dan cuenta de lo estético con los aspectos temáticos que incluyen esta novela dentro del corpus de la novelística de la Violencia.

Cóndores no entierran todos los días

Esta novela encarna la idea de narración pura: no incluye diálogos o monólogos, como formas de apoyar la construcción de los personajes o de presentar conceptos e ideas que la novela propone. La noticia en la radio de la muerte de León María Lozano ha generado que una voz narrativa, la cual gracias a la historia relatada es posible ubicar, al margen de la narración misma, en Tuluá, el 10 de octubre de 1956; empiece el relato de la experiencia de la Violencia vivida en esa ciudad y en el norte del Valle en los ocho años precedentes. Cuenta la historia del líder operativo del proceso de conservatización del Valle, intercalando sin una cronología precisa información sobre distintos momentos en la vida de este personaje, muchos de los cuales coinciden con puntos álgidos en la historia de la región y del país. El momento decisivo en su vida y en la historia vallecaucana concuerda con una fecha significativa para toda Colombia. El 9 de abril de 1948. Tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, candidato liberal a la presidencia, multitudes de colombianos a lo largo y ancho del territorio nacional volcaron su furia, su indignación en las calles, causando destrozos principalmente en establecimientos comerciales y atacando incluso a miembros de la iglesia, vista en ese momento como aliada del enemigo que hirió con el magnicidio la dignidad del pueblo colombiano –al menos de la fracción seguidora de este líder político popular–.

Tuluá no fue ajena al azote de la desesperación que se apoderó de los liberales. Después de arrasar el comercio, la muchedumbre se lanzó contra el Colegio de los Salesianos, pero León María Lozano "*con tres hombres armados con carabinas sin munición y un taco de dinamita*" (Álvarez Gardeazábal *Cóndores* 13) que lanzó a la masa informe de liberales de todas las raleas, evitó la destrucción del plantel y protegió a los sacerdotes de lo que bien pudo haber sido una carnicería santa.

El vendedor de quesos de la galería de Tuluá se convirtió de la noche a la mañana en un héroe cívico, por cuyo catolicismo de responder el salmo y apoyar a la Santa Madre Iglesia en todo momento y circunstancia, fue elegido como misionero de una importante 'labor apostólica': convertir a Tuluá en un pueblo conservador. Efectivamente, según la novela, casi en esos términos el doctor Ramírez Moreno, miembro del directorio conservador en Cali, se refirió a la tarea que el partido estaba encomendando a León María: actuar contra "*la posibilidad del exterminio de todos los conservadores, de todas las comunidades religiosas y sobre todo de la fe cristiana*" (69) amenazados por los ímpetus violentos de los liberales, que ya habían ofrecido prueba de lo que eran capaces el 9 de abril.

La novela establece como raíz del conflicto entre liberales y conservadores su intento de ganar las elecciones presidenciales de 1949, la meta de los conservadores era diezmar las mayorías liberales a fin de evitar que el partido liberal recuperara el poder del Estado que había conservado por dieciséis años (1930-1946). En efecto, la necesidad de conquistar el electorado llevó a los conservadores a planear una estrategia de aumento de sus partidarios. La novela sin embargo sólo se concentra en la táctica de la aniquilación, no en la conversión de la población liberal.

La eliminación violenta de liberales, es mostrada en su vertiginoso ascenso hacia niveles de ignominia cada vez más altos, que terminan cobijando incluso a conservadores. La evolución de la violencia va de la mano con la creciente noción de poder afianzada en León María Lozano, hermanada completamente con la definición weberiana de poder como "*la probabilidad que tiene un hombre o una agrupación de hombres de imponer su propia voluntad en una acción comunitaria, inclusive contra la oposición de los demás miembros*" (Weber 682). Por muy poco en el caso de León María Lozano esta probabilidad se convierte en seguridad. León María Lozano, una vez nombrado director de la Casa Conservadora de Tuluá dirige la operación de los pájaros, agentes exterminadores del norte del Valle.

Los pájaros comienzan asesinando campesinos del área rural, durante la noche. Al comienzo los llevaban a Tuluá, después el mismo centro urbano fue escenario de los asesinatos. Un disparo en la nuca era la única señal de tortura y causa de muerte de los liberales. Poco a poco otras torturas se suman al trabajo de acabar con ellos, pero como el asesinato se vuelve una costumbre que va perdiendo límites o definición, pronto los muertos también son conservadores, y los crímenes se comenten en cualquier lugar y a cualquier

hora, y sobre cualquier persona sin importar distinciones de clase o estamento. Algunos líderes políticos liberales son asesinados tras enviar una carta de denuncia de los crímenes ordenados por León María Lozano. La carta de los liberales publicada en El Tiempo *"en menos de treinta días originó la única sangría fina de que Tuluá y Colombia recuerdan algo porque, por lo general, los muertos de la violencia han sido todos los de ruana, pobres campesinos que no encontraron otro ideal en la vida que vivir a su partido liberal o a su partido conservador"* (131).

Álvarez Gardeazábal hace un trabajo de distinción entre liberales y conservadores que no va más allá de mencionar junto al personaje su filiación política, no explicita por qué pertenecen a uno u otro partido, lo cual no es de extrañar porque en Colombia no es algo que la gente se pregunte a la hora de decirse liberal o conservador. Si bien la principal distinción entre los partidos en la época en que ocurren los eventos narrados es su relación con la Iglesia católica, es evidente que ser liberal no implica no ser creyente de la fe católica y esto sí es perceptible en la obra, por lo cual cualquier lector puede cuestionarse si hay un motivo ideológico real para la confrontación. El autor al mostrar la vida familiar (como las lecturas que León María hacía en voz alta en casa, que descubren los mecanismos de reproducción de las convicciones familiares: la opción por un periódico o una emisora particulares) y la muerte de familias (los Santacoloma, por ejemplo) señala una de las propiedades fundamentales de la filiación política en el país y es que la opción por un partido político es un rasgo de familia y los rasgos de familia ni se discuten ni se racionalizan. Esta particularidad genera relaciones de inclusión y exclusión que fácilmente han llevado a la violencia. Sin embargo, Álvarez Gardeazábal al considerar sus consecuencias y la manera como empezó el país a salir de esta fase de la violencia colombiana parece darle preponderancia a lo político y a lo económico como causas, puesto que son estos aspectos los que al final inciden en su disminución.

"Todo empezó con el éxodo, Tuluá no fue la única que aportó la ruina. En las montañas no fue quedando con quien trabajar y en las poblaciones pequeñas la vida terminó lánguidamente. Las ciudades grandes se llenaron de un momento a otro de rostros entristecidos, marcados para siempre con el signo de terror, que terminaron apretujándose en castillos de mentiras o en tugurios de cartón en las cañerías de las afueras. Tantos, y todos tan acongojados, que los dueños del poder por fin despertaron, y antes de que todo fuera hecatombe, los que acompañaban a los señores de Bogotá en sus banquetes de paz y en sus fotografías de lujo, decidieron invertir los papeles y decirle a los asesinos elegantes que su sangría había terminado porque ya no podían sus industrias ni sus mujeres sostener a tanto refugiado y el porvenir económico del país estaba primero que la satisfacción política" (155).

Uno de los aspectos más interesantes de la obra es el propósito que cada personaje cumple dentro de la novela. En general los personajes representan los matices de al menos tres aspectos: social, económico y partidista. Es claro que el autor se esforzó por dibujar un pueblo a color, no en blanco y negro.

Los personajes, salvo los pájaros, no son ni buenos ni malos, incluso el mismo León María Lozano, que siendo un personaje legendario, héroe de un día y verdugo por cinco años, no es presentado como el malo de la historia, es simplemente descrito como un ser humano con cualidades notables y defectos temibles. El repertorio de personajes de la novela abre el abanico de posibles actitudes frente a la Violencia. En ese sentido la obra trata de mostrar el escenario de la Violencia de una manera objetiva. Así como aparecen conservadores con intenciones destructoras del orden social, los hay que no se muestran agresivos, y así como se explicita la violencia de los conservadores, no se esconde la violencia de los liberales, aunque en general, los liberales y especialmente los pobres, son las víctimas de esta historia.

A continuación se relacionan algunas de las reacciones de los personajes ante la Violencia.

La participación comprometida (y comprometedora) con los hechos de violencia, está representada por los autores intelectuales y materiales del proceso de conservatización: directivos y miembros del partido conservador: Doctor Navia, Doctor Olano y Doctor Rodríguez Moreno; y ejecutores del proyecto, León María, alias el Cóndor, y sus pájaros.

Hay otro tipo de conservadores por cuya renuencia a participar, a opinar, a denunciar, se caracterizan con el silencio o por lo menos con una desaprobación silenciosa que se parece a la indiferencia, pero que es también muestra de intimidación, por ejemplo, el director de la Casa Conservadora al momento en que León María es llamado a coordinar la acción de conservatización, Don Julio Caicedo Palau, farmacéutico, de quien dice el narrador *"prefirió negarse a la realidad (...) y entró en un silencio dramático y rígido"* (72). Este personaje toma una serie de medidas para lavarse las manos de la responsabilidad en el proyecto: hace inventario de caja y de muebles de la Casa Conservadora, firma un cheque por la totalidad del dinero de la cuenta en el Banco de Colombia y renuncia (72, 77). Sin embargo, muestra su oposición al proyecto del partido (o de la fracción que los doctores aquellos representan) de una manera menos sutil al negarse a suministrar medicamentos para aliviar a León María tras el envenenamiento (115). También están en este grupo Don Luis Carlos Delgado, sastre, (69, 71) y otros cinco miembros del partido conservador en Tuluá que no asistieron a la reunión con los señores de Cali (los dirigentes ya mencionados) y que prefirieron desconocer la situación (68).

El personaje que representa la absoluta negación a enfrentar los hechos es Agripina, la esposa de León María, quien aún sospechando la participación de su esposo en los crímenes de la región, se dice a sí misma que todo es mentira y se niega a creer (51, 70, 134). La suya es la actitud pasiva de, a mi juicio, la mayoría de los colombianos: teniendo el peligro al lado se hace la que no pasa nada, ni oye ni ve ni quiere entender y así se exime de la responsabilidad de actuar.

Pedro Alvarado denuncia los hechos de violencia desde su emisora, en medio de limitaciones para seguir informando burla la censura (86) y en alguna ocasión “disculpa la realidad”: en su emisión tras la masacre en Tuluá aseguró que a los liberales los estaba matando el jinete del Apocalipsis (85).

Tal vez el caso más notable de indiferencia frente a los crímenes lo protagonizan los sacerdotes, Padres Ocampo y González (148). El padre González le resta importancia a las advertencias de una masacre y cuando ésta ocurre sólo reza un yo pecador, se ajusta a la sabiduría popular en eso: el que peca –en este caso por omisión- y reza, empata.

En medio del nerviosismo de los perseguidos, un personaje anónimo, una campesina, la señora de los pañolones, advierte lo que puede pasar, buscando que se prevenga (81), pero su ruego no es escuchado. Representa la esperanza en que alguien pueda hacer algo ante la impotencia propia para influir en la situación.

La ciudad misma de vez en cuando muestra indiferencia ante los cadáveres: nadie entraba al anfiteatro “*porque en Tuluá nadie había perdido nada*” (83).

La acusación que no lleva a nada está representada también por el personaje colectivo que es la ciudad. Ella interpreta y explica los hechos: “*Tuluá decidió achacarle la masacre de desconocidos al cambio de gobierno [ahora conservador] y si bien los muertos no tenían un solo documento de identidad, todos en Tuluá supieron que eran liberales*” (83).

El personaje que representa el desafío abierto a los criminales, quien asume la denuncia pública es Gertrudis Potes, dueña de la joyería Potes. En el atrio de la iglesia ella muestra la tarjeta de amenaza que recibe y manda a imprimir carteles de contestación a las amenazas (125).

Tal vez uno de los logros narrativos de la novela lo constituye la construcción de la muerte de su protagonista, León María Lozano. El autor se tomó el trabajo de preparar esta muerte, de hilvanar los hechos de tal forma que no hubiera informaciones inoficiosas para demostrar que el destino no es lo que se quiere o se espera, sino lo que es.

Desde niño había sufrido de asma y en una ocasión fue llevado a consulta con el lego de Palmira, quien le describió cómo iba a morir. León María estaba convencido de que moriría de asma, sin embargo la muerte del Cóndor no tenía nombre de enfermedad, tenía apellido: Torrente. Los Torrente de Barragán se mencionan en la historia de León María Lozano desde el mismo día en que su leyenda comienza a fundarse, el 9 de abril de 1948, con el acto heroico en el que protege el Colegio de los Salesianos de la furia de la chusma liberal. La escopeta que León María tenía esa vez, la había recibido de ellos a cambio de cuajo para hacer quesos (15). Más adelante se registra un incidente con uno de ellos:

"Quizá por ellas [sus hijas] fue la única vez que estuvo a punto de emplear un arma contra alguien. Había salido de la galería para el banco cuando lo paró uno de los Torrentes, vendedores de queso en Barragán, y en medio de su borrachera le gritó algo que quizá venía guardando desde el día en que León María no le quiso volver a comprar más quesos porque le había incumplido un contrato. Que si sus hijas eran tratadas igual que los quesos, como que fue lo que dijo. (...) Ese día le comenzó también un ataque de asma que casi no le para once días después (...) y que le hizo creer que ha había llegado la hora" (36).

"Jamás salió a la calle a ventearse el asma. Siempre la vivió en las piezas de su casa. Sin embargo, el día que quiso matar al que lo había insultado por sus hijas y don Julio se lo impidió, sintió que ahí sí le había llegado la hora. El dolor no fue exactamente en la sien como le había dicho el lego, pero era tan fuerte que hasta allá lo sintió. (...) sintió entonces la cercanía de la muerte" (40).

León María y Agripina estuvieron cerca de morir envenenados. Las noticias sobre el envenenamiento, gracias a los recursos narrativos de prospección y retrospección, están dispersas en distintas partes de la narración (30, 53, 57, 109, 111, 112). Dicho episodio ocurrió con un queso que le había llevado también uno de los Torrente de Barragán, Simeón (112), cuyo hijo aparecerá luego en la historia como mesero del Happy Bar, con otro nombre, Rodríguez, para evitar represalias de León María y sus pájaros (123).

Pero fue precisamente un Torrente, el del queso envenenado, y no el asma quien lo mató. *"Amapola lo recogió, pero ya ni León María tenía vida, ni Simeón Torrente estaba por allí, aumentándole a Agripina la creencia de que había sido un espanto y no el hijo del Torrente que mataron en Barragán en los primeros días de la violencia, el que había disparado sobre su marido" (165) .*

Con un arma de uno de los Torrente termina la vida legendaria que empezó también con otra arma de ellos. Y por lo menos en una ocasión se cruzan la muerte esperada y la muerte real, en el pasaje ya mencionado en el que León María es agraviado por el Torrente.

"A León María lo mataron hoy al medio día en su casa de Pereira, y mañana lo traen a enterrar" (62). Esta noticia nos da las señas sobre el narrador de la historia, quien es en realidad muy difícil de caracterizar. En algunas ocasiones da muestras de omnisciencia con un conocimiento muy detallado de León María y en otras es completamente dubitativo acerca de él y de los demás personajes, especialmente del personaje colectivo que es Tuluá. Da la indicación del lugar y momento en que se encuentra, pero demuestra que de vez en cuando Homero duerme.

Si bien en alguna ocasión afirma que León María nunca salió de Tuluá, ni siquiera para recibir la condecoración que el gobierno le entregó después de los hechos siniestros del queso envenenado y que tampoco cambió de casa

(30), informaciones de aquí y de allá, en esos ires y venires de la narración cuentan que:

A los nueve años, Don Benito, su padre, lo lleva a Palmira para consultar sobre su asma al lego de los Agustinos (38). Sale para Cali en un carro expreso, para conseguirle a sus hijas la beca en un internado de Manizales, a fin de que ellas no se enteren de lo que se dice de su padre y él perdiera su confianza (79). Viaja a Cali, al palacio de San Francisco (sede de la Gobernación del Valle) para hacer reclamos (103). Visita a sus hijas los fines de semana en los termales de Santa Rosa (35) y es asesinado en Pereira (162).

Otro desliz en la narración se relaciona con la Iglesia. Después de evitar una masacre en Riofrío, donde negoció con León María la salida de los liberales, la voz narrativa cuenta que el padre Nemesio *"nunca volvió a un curato, ni siquiera ahora que las cosas han cambiado bastante"* (96). Esta afirmación parece más propia del autor desde la época en la que escribe, que del narrador en la fecha del comentario. Las cosas sí cambiaron en la Iglesia, al menos en su relación con "la familia humana universal", y los destinatarios de "la palabra conciliar" dejaron de ser sólo los hijos de la Iglesia Católica, pero eso sucedió después del concilio Vaticano II, el cual no se realizó sino hasta 1962, y la diégesis de la novela termina mucho antes.

En cuanto a la prosa es generalmente fluida, ágil, muy asequible a distintos lectores, de tanto en tanto salpicada con metáforas que suavizan o hacen más dramáticos algunos hechos.

"Entre los muertos del lado izquierdo había reconocido una mano. Se abalanzó sobre ella y como el equilibrio de los cadáveres era tan precario, cuando haló duro para buscarle una cicatriz, todo el resto se le vino encima y sus pañolones quedaron abrazados por las manos de la muerte" (84).

También hay hipérboles. *"La mañana del domingo de la muerte de Yolanda Arbeláez [el ataque de asma] le duró más de lo previsto porque cuando don Marcial volvió y lo encontró con los brazos en cruz caminando por entre pasadizos de libros, él todavía silbaba sin querer, espantando hasta las polillas de sus más recónditos escondrijos entre las pastas de los libros de la colección Bruguera"* (21).

No falta una dosis de humor para balancear la construcción del personaje funesto que va resultando León María Lozano. Sobre su atrevida ignorancia cuenta: *"León María extendió el papel ajado que la maestra de Madrigal le había llevado al Happy Bar y en el mismo tono gangoso con que mandaba regalar los perros a don Alfonso o matar a los siete liberales que todavía quedaban en Roldadillo, le exigió explicaciones sobre el individuo ese llamado escalafón que obligaba a la destitución de la maestra de Madrigal. El maestro Romero le explicó entre labios, apuntando con su diente único, pero como ni León María ni Atehortúa ni Celín entendieron, y el maestro se declaró incapaz"*

de explicarles otra vez, León María salió para el despacho del gobernador...”
(103-104)

Y el símbolo de la muerte en el inconsciente colectivo de una sociedad educada en la fe católica, que aparece en todas las latitudes de la novela es el jinete del Apocalipsis, con o sin guadaña (19, 85, 86, y otras).

Conclusión

Cóndores no entierran todos los días, por sus características narrativas es una novela que refleja la influencia de las formas narrativas contemporáneas, y responde a los aspectos temáticos y estéticos que su autor demandaba para una novelística de la Violencia y desde ese punto de vista, la novela sería la realización del cuarto periodo de evolución de esta literatura colombiana, en el que surge la novela trascendente, la novela que muestra la particularidad y la complejidad de la Violencia en Colombia.

La mirada de la novela comprende la fuerte raigambre del bipartidismo en un país con una tendencia democrática también muy fuerte, en el que el respeto al poder no es gratuito, debe ser necesariamente legitimado y lo que lo legitima son los procesos electorales, más precisamente la conquista del electorado. No es suficiente llegar al poder, es necesario fundamentarlo simbólicamente a través de algo que le confiera legitimidad, y si ésta no existe se construye por los medios disponibles, o asequibles, entre los cuales la violencia es el más recurrente, porque está siempre a la mano.

Las otras particularidades de la Violencia en Colombia que la novela registra son las divisiones internas en los partidos políticos, el apoyo de la Iglesia a uno de los partidos, con el cual rompe su principio de universalidad, y la raíz familiar de la filiación política. Sobre el segundo punto es necesario aclarar que la reacción de la Iglesia ha sido matizada por el autor. En el caso de los sacerdotes, sus posiciones, sus actuaciones, están divididas, pero es evidente que el evangelio tiene menos fuerza que el imperativo de respetar a la Santa Madre Iglesia, que es, después de todo, la mano que les alimenta.

El intento de objetividad de la novela radica en la inclusión de hechos violentos de ambos partidos, aunque por haber escogido como protagonista a un personaje histórico ligado al partido conservador y reconocido por su acción devastadora sobre la sociedad vallecaucana, se aprecia un ánimo acusador contra ese partido, que en el desarrollo de la novela se descubre dirigido a sus verdaderos líderes, no a su brazo operativo. La cantidad de personajes que representan a las clases económicas y estamentos sociales y el señalamiento de cómo participaron y cómo se vieron afectados manifiestan el intento de brindar una visión comprensiva del problema de la Violencia. Sólo cumplir con las expectativas de tratamiento del tema que el autor se había planteado previas o concomitantes a la escritura de la novela ya aleja a esta producción literaria del panfleto acusador. El tratamiento literario que se dio al personaje de León María Lozano, haciendo de un victimario el protagonista, parece

atípico en medio de una literatura que quiere rendir tributo a las víctimas y también contribuye a ocultar medianamente el ánimo acusatorio.

Con esta obra, que responde punto por punto a la particular poética de la novelística de la Violencia en Colombia propuesta por su mismo autor, Gustavo Álvarez Gardeazábal no ha hecho más que demostrar que este tema, que tanta vergüenza aún despierta en los colombianos, es digno de tratamiento literario.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *Cóndores no entierran todos los días*. Bogotá: Plaza y Janés, 1988.

---. *La novelística de la violencia en Colombia*. Trabajo de grado para Licenciatura en Letras, Cali: Universidad del Valle, 1970.

Acuña Rodríguez, Olga Yanet. *Cédula de ciudadanía y documento electoral en Colombia*. Historia y Espacio, fascículo 20. <http://historiayespacio.univalle.edu.co/>

Betancourt, Darío y García, Martha L., *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano 1946-1965*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Tercer Mundo, 1990.

González, Fernán E., S.J. "EL CONCORDATO DE 1887: Los antecedentes, las negociaciones y el contenido del Tratado con la Santa Sede". [Revista Credencial Historia](#). (Bogotá - Colombia). Edición 41, Mayo de 1993. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo1993/mayo1.htm>
Búsqueda realizada el 9 de mayo de 2007.

Melo, Jorge Orlando (compilador). *Orígenes de los partidos políticos en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/politica/origcol/indice.htm>
Búsqueda realizada el 30 de abril de 2007.

Osorio, Óscar. "Anotaciones para un estudio de la novela de la Violencia en Colombia". [Poligramas](#). (Cali-Colombia). Universidad del Valle, Num.19, primer semestre de 2003.

--- "Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva". [Poligramas](#). (Cali-Colombia). Universidad del Valle, Num. 24, segundo semestre de 2005.

Sánchez, G. y Meertens, D. *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá: Áncora, 2006.

Serrano Orejuela, Eduardo. *La narración literaria. Teoría y análisis*. Cali: Gobernación del Valle del Cauca, Colección de autores vallecaucanos, 1996.

Valencia, Alberto. "Democracia y sociabilidad política en Colombia". En: AAVV. *"Valores para una ética ciudadana"*. Cali: Universidad del Valle, 1993.

Weber, Max. "División del poder en la comunidad: Clases, estamentos y partidos". En: *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, vol. II. 3 reimpr. de la 2 ed., México: Fondo de Cultura Económica, 1977.

Aunque Álvarez Gardeazábal usa en su texto la expresión "la violencia" toda en minúscula, en lo sucesivo se escribirá Violencia con mayúscula inicial, según la convención actual, para referirse al periodo histórico que va de 1946 a 1965 y que está comprendido dentro de la generalidad de la violencia en Colombia, excepto cuando se cite el trabajo del autor.

El objetivo de la monografía es revisar el estado del arte de la novelística, sin embargo, una gran parte de las novelas que integran el corpus del estudio, resultan ser otra cosa, por ejemplo, compilaciones de relatos o de crónicas, memorias, ensayos y hasta reseñas históricas.

Esta sería una forma de replantear la ruinosa división maniquea entre 'buenos' y 'malos'.

Betancourt y García en *Matones y cuadrilleros* (133) informan que León María Lozano es acribillado en Pereira el 10 de octubre de 1956 por el hijo del primer liberal asesinado por sus pájaros en Barragán.

Si se tomara esta definición como una ecuación, para este caso particular, la acción comunitaria debería reemplazarse por la participación en el proceso electoral, la cual empieza por la adhesión a un partido político.

Betancourt y García (131-132) reproducen la carta fechada el 10 de julio de 1955, publicada en el periódico El Tiempo, cinco días después.

A continuación se recogen algunas citas que dan cuenta de la **Evolución de la Violencia:**

"Después de la matanza de Ceilán ya no bastó con el disparo en la nuca sino que los empezaron a machetear" (105).

"Los pájaros ya no respetaban recinto. Los escondites no eran válidos ni para liberales ni para conservadores. Si no les caía bien, pues lo mataban. Si no pagaban una cuota primero una boleta, después un balazo..." (127).

"(...) había que empezar a acabar con los conservadores tibios. Las patrias no estaban para aguas calientes y el campo debía ser conservador" (129).

Después de la publicación de la carta firmada por los líderes liberales de Tuluá "las bandas que centralizaba León María Lozano empezaron a matar no

solamente en sus rondas nocturnas, sino también a pleno día” (137). Tras la carta abierta a los hombres de buena voluntad con un llamado a la paz “los muertos en Tuluá siguieron creciendo y el sadismo empezó a aparecer en las matanzas. Cuando mataron a los del Recreo, todos creyeron que eran liberales los asesinos porque entre los muertos había tres mujeres mayores y once niños, pero como Tobías Arango era liberal (...) y en los siguientes días los muertos ya no fueron solamente hombres. Tuluá se inició en el convencimiento de que la violencia había tomado unos cauces imprevistos” (139). Esta matanza marca el ocaso del poder de León María Lozano, se da cuenta que el control de la región se le ha salido de las manos. “Ya la bala no bastaba para los pájaros, la candela también se usaba” (149).

Alberto Valencia en su ensayo sobre *Democracia y sociabilidad política en Colombia* (71-72) afirma: “el substrato de la política partidista de aquellos años no encuentra su razón de ser en unos fundamentos económicos, políticos o sociales, o en un ámbito racional de decisiones políticas frente a programas o proyectos, sino que su confirmación se da en el ámbito privado de la familia: “se nace liberal o conservador”. De esta manera las identidades básicas familiares se convierten en un substrato de lo político”.

Véase el proemio de la constitución pastoral *Gaudium et Spes* (Gozo y esperanza) del Concilio Vaticano II.

“Hay que aprender que el poder, más allá de las modalidades reales y efectivas de sus formas de manifestación, o de las personas particulares que lo ocupan en un momento dado, tiene una serie de fundamentos simbólicos e imaginarios que definen su realidad. No hay que confundir el poder en el plano de los hechos de la vida social, con el fundamento simbólico de su ejercicio. El poder no es sólo una instancia de dominación o de explotación, como puede verse desde una consideración factual. Desde el punto de vista de lo simbólico es posible descubrir en su ejercicio una tensión permanente y constitutiva entre su expresión fáctica –en el plano de los hechos- y sus referentes simbólicos: el poder conlleva un principio de realidad y un principio de legitimidad susceptibles de servir de fundamento constitutivo de las relaciones y de las identidades sociales; o de encontrarse anulados, superados, disueltos en el cuerpo social o atrapados en las redes privadas de dominio. En este sentido hay que aprender a identificar en el poder una trascendencia frente a la sociedad y una eficacia simbólica, a pesar de que, en contraste con los hechos, se encuentren muy a menudo anuladas o negadas” (Valencia 62).